

Enric Puig Punyent

La gran adicción

Cómo sobrevivir sin internet
y no aislarse del mundo



arpa

Enric Puig Punyet

LA GRAN ADICCIÓN

Cómo sobrevivir sin internet y no aislarse del mundo

© Enric Puig Punyet, 2016
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Arpa y Alfil Editores, S. L.
Deu i Mata, 127, 1er – 08029 Barcelona
www.arpaeditores.com

ISBN: 978-84-16601-12-7

Diseño de cubierta: Enric Jardí
Ilustración de cubierta: © R. Roth. Stock Photo

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A Jana

Índice

[Introducción](#)

[Philippe y la búsqueda de empleo](#)

[Cristina y las relaciones amorosas](#)

[Davide y la adicción](#)

[Jon y los videojuegos](#)

[Nicolás y la música](#)

[Kaya y la fiesta](#)

[Wenda, Jérôme y el futuro](#)

[Hadrien, Emma y el campo](#)

[Enric y la muerte del autor](#)

[Adán, Eva y el mundo 3.0](#)

[FAQ](#)

«Sabemos que por cada persona que tiene acceso a internet se crea un nuevo puesto de trabajo y una persona sale de la pobreza. Por lo tanto, en teoría, llevar y conectar a todo el mundo a internet es una gran prioridad nacional, e incluso global.»

MARK ZUCKERBERG

«El objetivo de Google era organizar la información mundial, hacerla accesible y útil a todo el mundo. No era solamente un buscador. Ahora nos veis hacer otras muchas cosas.»

LARRY PAGE

«Internet facilita la información adecuada, en el momento adecuado, para el propósito adecuado.»

BILL GATES

«En el futuro, la gente destinará menos tiempo a intentar que la tecnología funcione, porque será eficiente. Simplemente estará ahí. La web lo será todo, y a la vez no será nada. Será como la electricidad. Si alcanzamos esto, creo que podremos arreglar todos los problemas del mundo.»

ERIC SCHMIDT

«Internet debe ser un medio de comunicación entre los pueblos que contribuya a la paz mundial. El principal objetivo de la alta tecnología es mejorar el nivel de vida de las personas.»

LARRY ELLISON

«La tecnología nos está enseñando a ser humanos de nuevo. Ya es visible la evolución de las redes sociales en un mecanismo sólido para la transformación social.»

SIMON MAINWARING

«Internet es positivo porque nos une, nos conecta. Incluso a las personas mayores. El estar conectado nos prolonga la vida y no solamente añade años a la vida, sino vida a los años.»

LUIS ROJAS MARCOS

«Dentro de cada uno de nosotros se encuentra un anhelo profundo, innato y casi inefable de encontrar nuestra voz en la vida. La explosión revolucionaria y exponencial de internet es una de las manifestaciones modernas más claras de esta verdad. Puede que internet sea el símbolo perfecto del nuevo mundo, de la economía de la información, de los trabajadores del conocimiento y de los drásticos cambios que se han producido.»

STEPHEN COVEY

«El móvil permite sobre todo recibir, pero también emitir de una manera que te lleva a un entorno nuevo que es la toma de decisiones en el momento, y esto va a cambiar el mundo: tendrás el poder estés donde estés.»

CARLOS BARRABÉS

«Tratamos de llegar a las personas que se encuentran lejos mediante los medios digitales, la red y los mensajes cortos.»

PAPA FRANCISCO

INTRODUCCIÓN

Partimos de una duda simple, sin rodeos. ¿Es posible, hoy en día, vivir sin internet?

La pregunta, de entrada, puede parecer banal. Resulta evidente que sí: podemos vivir sin internet. De hecho, lo hemos hecho durante mucho tiempo. Pero cabe aclarar que a lo que me refiero en realidad es a si nos es posible vivir sin internet sin renunciar por ello a nuestra actividad habitual o a los vínculos sociales que hemos ido construyendo desde que nos acostumbramos a esta tecnología. Es decir, se trata de saber si es posible la desconexión sin poner en riesgo nuestra capacidad de trabajar, de relacionarnos con los demás, de conocer lo que ocurre en nuestra ciudad o de realizar un mero trámite.

La primera imagen que nos viene a la mente cuando pensamos en alguien que ha abandonado internet es la de una persona que, saturada por la sobreinformación de las ciudades y de la red, se ha retirado a un pequeño pueblo o al campo. Podríamos convenir que ahí esta clase de mediaciones resultan menos necesarias.

Para entendernos, no necesitamos Facebook para saber lo que piensan nuestros vecinos si los vemos cada día y conversamos con ellos, por ejemplo. Pero estos no son los casos que me interesan aquí. Sí me interesa, sin embargo, el

urbanita, la persona que vive en la ciudad, que por sus circunstancias cotidianas ha pasado a depender de las nuevas tecnologías para lograr un correcto funcionamiento de su trabajo, de sus relaciones y de su vida en general. Me interesa saber si ese sujeto, de la noche a la mañana, sería capaz de desconectarse de internet.

La pregunta que he planteado al principio puede parecer banal también por otra razón. La mayoría de la gente encuentra ridícula la mera idea de querer abandonar la red. Por supuesto, si muchos se inclinan a creer que tal cosa no tiene sentido es porque internet ha supuesto un gran avance, mejorando o resolviendo muchos aspectos de nuestro día a día: nos permite comunicarnos con mucha más rapidez, mantenernos en contacto con la gente que tenemos lejos y estar al corriente de lo que sucede en todas partes. Nos permite compartir información de manera inmediata y localizar rápidamente el lugar al que nos dirigimos. Nos permite, en suma, estar conectados con todo lo que acontece en el mundo, y de una forma mucho más veloz y económica.

Todo esto lo sabemos de sobra. Los discursos que nos dicen que internet es una maravilla, que es la solución última a todos nuestros problemas, son omnipresentes. Están por todas partes, se cuelan por vía intravenosa a través de gurús millonarios vestidos de calle, y luego a través de sus seguidores. En el pórtico de este libro se recogen las citas más significativas de algunos de ellos: empresarios, tecnólogos, políticos, periodistas, psicólogos, y hasta el mismísimo papa de Roma. Todos unidos forman un coro que nos recuerda lo fabulosa que es la red.

Sin embargo, internet tiene también su pequeño catálogo de inconvenientes. No hay que olvidarlo. De vez en cuando habría que hablar de ellos, como se habla de sus virtudes. Quizá así podremos hallar cierto estado de equilibrio y poner las cosas en su sitio. ¿Quién no ha sentido alguna vez, saturado tras pasar horas y horas ante una pantalla, enlazando impulsivamente una página tras otra, el impulso de apagar el ordenador y tirarlo por la ventana? Por supuesto, hacerlo o no es una decisión muy personal, y cada uno coloca en su propia balanza las ventajas y los inconvenientes que le ofrece internet. Ahora bien, si los inconvenientes ganaran la batalla, si tras meditarlo mucho quisiéramos apagar la señal del wi-fi y olvidarnos de paso de nuestros teléfonos inteligentes, ¿podríamos hacerlo realmente sin consecuencias perniciosas? ¿O quedaríamos vencidos de inmediato por las repercusiones de la desconexión? Esta es la pregunta que aquí planteo, en esencia: cómo sobrevivir sin internet y no aislarse del mundo.

Para tratar de responderla podría haber optado por la teoría o por la conjetura. Podría haber optado por imaginar los problemas que la desconexión puede representar y por reflexionar acerca de posibles soluciones que pudieran plantearse en el mundo real, más allá de estas páginas. Pero se me podría tachar, con razón, de especulativo, utópico e irreal, porque no podría demostrar la eficacia concreta de mis propuestas. Por este motivo, he optado por seguir el camino inverso. Desde que sentí la necesidad urgente de indagar acerca de las repercusiones de la desconexión, me he dedicado a buscar regularmente a personas que han lo-

grado vivir sin internet y, a pesar de ello, han seguido con su vida con normalidad.

Esta investigación ha sido una tarea ardua porque, obviamente, esta gente no es fácil de localizar. Los escritores somos los primeros que nos hemos habituado a encender nuestros ordenadores y hallar rápidamente la información a través de la red. Centrar el trabajo de campo en personas que han pasado a ser exconectadas y que, como consecuencia, han pasado a ser invisibles en Google, ha exigido adoptar otro método de trabajo. Por este motivo, el presente libro es fruto de una exploración y un viaje personal que se ha prolongado a lo largo de muchos meses. Y ha sido posible únicamente gracias a la ayuda de mucha gente a mi alrededor que, buscando en sus propios círculos y tirando de muchos hilos, han propiciado que pudiera encontrarme con algunas de estas personas exconectadas.

Como ya he escrito más arriba, este libro parte de la pregunta de si hoy es posible vivir sin internet sin perecer en el intento, es decir, sin tener que aparcarnos del mundo o sufrir repercusiones o efectos colaterales indeseados. Por ello, y a pesar de haberme llevado la grata sorpresa de encontrarme, a lo largo de este recorrido, con personas desconectadas de toda índole, he optado por compilar los testimonios de un tipo de exconectado muy concreto. Todos ellos comparten dos características determinantes. La primera es que durante los últimos quince años utilizaron diariamente internet, de tal forma que sus vidas profesionales y personales pasaron a depender mucho de esta tecnología. Todos ellos son lo que se denomina habitualmente nativos digitales, es decir, personas cuyo crecimiento personal

y profesional ha ido acompañado del uso habitual de ciertas herramientas digitales.

La segunda característica es que, a pesar de haberse visto abocados de forma más o menos voluntaria a la desconexión, ésta no ha significado una pérdida sustancial, ni ha acarreado problemas significativos o un cambio de vida más allá del deseado. Al contrario, todas las experiencias recogidas en este libro son de personas que han logrado alcanzar sus objetivos vitales con éxito, tanto en la vertiente personal como en la profesional. Además, la mayoría vive en ciudades grandes o medianas, donde sin duda parece mucho más difícil vencer al influjo omnipresente de internet. Las ciudades son todas de distintos países de Europa, que es donde he fijado el territorio de mi investigación.

Por motivos que creo que ya han quedado claros, he optado por descartar testimonios de los llamados neorrurales, personas que han optado por retirarse al campo por motivos bucólicos y contraculturales, así como los testimonios de personas de cierta edad, las cuales crecieron sin internet y dispusieron de mucho tiempo para aprender a gestionar sus vidas sin necesidad de esta tecnología. La primera omisión pretende evitarle al lector la tentación de pensar que la huida de internet responde necesariamente a motivaciones bucólicas o nostálgicas. Las personas de las que hablamos, que inalterablemente han optado por permanecer en sus entornos urbanos, no se han desconectado por romanticismo, sino por cuestiones que tienen mucho que ver con la salud mental y la calidad de vida, dos aspectos que sintieron amenazados.

La segunda omisión debería alejar al lector de otra tentación, la de creer que la desconexión es fruto del desconocimiento o de una mala gestión de las nuevas tecnologías. Al contrario, todos los testimonios recogidos en estas páginas han crecido con internet. Como ya he mencionado, son nativos digitales. Y esto significa que han tejido sus redes personales y profesionales con la ayuda de las nuevas tecnologías y, muy especialmente, de internet. En muchos casos, eran usuarios de muchas y diversas plataformas y las utilizaban con desenvoltura. Cuando optaron por la desconexión, por lo tanto, sabían exactamente qué era lo que estaban haciendo y por qué. Y, asumiendo el reto, desconectaron el wi-fi y vendieron o reciclaron sus móviles con la frente muy alta y con la vista puesta en el futuro. Nunca en busca de un pasado nostálgico que jamás conocieron.

Falta un último apunte, y con él podemos empezar. Esta es una advertencia para los navegantes escépticos que acumularán interrogantes, dudas y críticas a medida que vayan pasando estas páginas. Gritarán al cielo, con cierta razón, que es una simplificación y una exageración tachar al santo internet de pernicioso. También son simplificaciones y exageraciones los discursos salvíficos que, como los que encierran las citas que abren este libro, prometen que internet será la solución a todos nuestros males. Pero aquí no se trata de crear dogmas ni de dejar dudas sin resolver. Por ello, remito a este lector escéptico a las últimas páginas, en donde se recogen algunas de las FAQ que tanto gustan en internet: las preguntas frecuentes que se derivan de la lectura de este libro.

PHILIPPE Y LA BÚSQUEDA DE EMPLEO

Philippe ronda los cuarenta años y es comercial. Durante mucho tiempo trabajó para una distribuidora francesa de productos informáticos, vendiendo paquetes de software. Pero hace cosa de tres años, esta empresa, con la que llevaba una década trabajando, debió reestructurarse y asumir que los programas informáticos ya no se vendían como lo habían hecho antes de la expansión de internet en los ámbitos comerciales. Los propietarios de esta empresa mediana, todavía estrictamente de capital francés, estaban ya en su cincuentena y eran, como suele decirse, de la vieja escuela. Cuando las ventas cayeron en picado entendieron la conveniencia de asociarse con un programador joven y cambiar el esquema de negocio, que debía enfocarse más a la creación de pequeñas aplicaciones de bolsillo que pudieran venderse a través de plataformas en línea. Gracias a este cambio, llevado a cabo todavía a tiempo, lograron salvar la empresa. Sin embargo, el proceso de transformación, que fue lento y doloroso, comportó entre muchas otras consecuencias una reestructuración de la plantilla, y el personal que sufrió las consecuencias en primer lugar fue el que estaba al frente de las ventas.